

VIDA

DEL V. PADRE

FRAY MANUEL MARTINEZ

Célebre Franciscano Yucateco,

ó SEA

ESTUDIO HISTORICO

SOBRE

LA EXTINCIÓN DE LA ORDEN FRANCISCANA EN YUCATÁN
Y SOBRE SUS CONSECUENCIAS

POR

D. CRESCENCIO CARRILLO Y ANCONA

CANÓNIGO DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL, OBISPADO DE YUCATÁN,
SECRETARIO GENERAL DEL MISMO OBISPADO,
Y SOCIO DE VARIAS CORPORACIONES CIENTIFICAS NACIONALES
Y EXTRANJERAS.



Habebit lumen vitæ, sicut in libro vitæ scriptus.

MÉRIDA DE YUCATÁN.

GAMBOA GUZMAN Y HERMANO, IMPRESORES-EDITORES.

Plaza de la Independencia, Núm. 3.

1883.

BX4705

M3

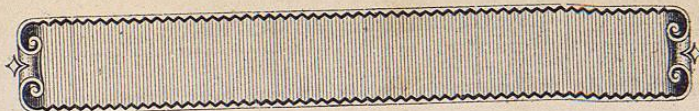
C3

VIA



FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS

155607



LA SOMBRA DEL MONASTERIO.

I.



UN no había mediado el siglo que ahora se acerca á su fin, cuando los que esto escribimos nos encontrábamos todavía en los albores de la vida, allá dondē se meciera nuestra humilde cuna, allá en nuestra querida ciudad natal, ciudad rica en monumentos y recuerdos de la historia antigua americana: Izamal.

La vez primera de que recordamos haber tenido con impresión grande y profunda, conciencia de nosotros mismos, así como del tiempo y del lugar en que nos hallábamos, era cuando empezábamos á contar el segundo lustro de nuestra edad, allá por el año de 1843 ó 44. ¡ Feliz y dichosa época, en la cual, aun no había estallado la guerra social, y en que la misma exhuberancia de la vida política de Yucatán, y los vastos horizontes de un porvenir de libertad y de grandeza, ocasionaban en sus incautos hijos el desarrollo de las pasiones públicas, que iban á determinar y abrir los profundos abismos de la civil discordia, la cual engendraría bien pronto la guerra de castas, y aun también la división religiosa !

Cuando salimos de nuestro pobre hogar á la luz de un claro y sereno día, iluminado de un sol vivo y resplandeciente que comenzaba á levantarse en un cielo azul es-

maltado de mil vistosas nubes, lo que más llamó nuestra atención fué el cuadro pintoresco de las artificiales colinas ó grandes pirámides truncadas que, como pequeños montes ó cerros, se levantan por donde quiera en la histórica ciudad. Ésta era á la sazón muy secundaria y modesta, sólo condecorada con el título de villa ; pero en los remotos siglos pasados había sido la corte de poderosos reyes. Sin embargo, por aquellos mismos días fué de nuevo acordado para ella el título de ciudad, y más adelante vimos un escudo en pergamino con este lema :

“ De ciudad el renombre esclarecido
Izamal por su industria ha merecido.”

Ansiosos por saber qué venían siendo aquellas elevaciones gigantescas, á cuyo lado las casas aun más principales eran diminutas, interrogábamos sobre su historia con esa curiosidad afanosa é importuna del niño que exige la razón de todo, pues bien había despertado en nosotros una justa curiosidad, la circunstancia de descubrirse á cada paso objetos de misteriosa antigüedad en las excavaciones que por algún fin particular ó público se hacían, ya para la nivelación de alguna calle, ya para que algún propietario extendiera los patios de su habitación, bajando lo que podía en la falda de alguno de aquellos cerros monumentales. Partiendo de aquellas ideas que sugiere la narración de los mil y un cuentos con que se entretiene la edad infantil ; cómo hubiéramos querido disponer de la varilla de un mago para abrir sin lastimar las entrañas de cada una de aquellas pirámides, y saciar nuestra sed en la contemplación de los íntimos secretos que encierran ! ; Secretos de la ciencia arqueológica que ignorábamos cuánto ocupaban desde entonces y siguen ocupando á los sabios de ambos mundos, y que han estimulado después aun nuestra insuficiencia para estudiarlos y escribir algo sobre ellos, publicando en diferentes fechas los estudios que hemos podido hacer !

II.

Bien pronto, así hondamente preocupados como nos hallábamos, nuestro pensamiento de niño tomó otro aspecto, cuando en aquella primera salida de que recordamos, nos vimos subiendo por una de dos hermosas ramblas, que partiendo para opuestos puntos y elevándose como planos inclinados, volvían poco después sobre sí en mayor altura y en la propia forma, hasta conducir ambas á una misma elevación y pórtico, dando entrada á una elevada plaza que, claustrada en sus cuatro costados con vistosa galería, venía á quedar con régia majestad por encima de todas las techumbres de la ciudad, dominando una vista que, si para cualquiera ha sido siempre rara y preciosa, cuánto más para nosotros en aquella nuestra inexperta edad y en aquella nuestra primera salida ! En delicioso arrobamiento, como trasportados á un mundo de supremas delicias, contemplábamos la belleza del paisaje, pudiendo desde aquella altura contar uno por uno los elevados picos de los misteriosos cerros artificiales ; pero que por entonces dejaron de llamarnos la atención, por causa del nuevo objeto que se ofrecía á nuestras ávidas miradas.

La misma elevación en que nos hallábamos era una de aquellas pirámides truncadas, sobre la cual nuestros padres los conquistadores españoles habían edificado trescientos años atrás un monasterio y dos templos. Estos descuellan aún con sus esbeltos campanarios en triple elevación, y siendo el uno como es, la iglesia parroquial de la ciudad y el más celebrado Santuario de Nuestra Señora en el país, se conserva bajo buen pié y con la vida propia que le dá una numerosa feligresía, sirviendo como auxiliar el otro templo intitulado de la Tercera Orden. Pero el monasterio estaba ya en la más deplorable soledad y creciente destrucción, de modo que sobre las ruinas indígenas de la colina artificial que servía de base á la obra

española, ésta formaba ya también una nueva ruina de diferente carácter, marcando en un sólo monumento las dos grandes épocas de nuestra historia social: la anterior á la conquista y la posterior.

Cualquiera podrá suponer con cuán intensa curiosidad y profundo interés paseábamos nuestras atónitas miradas sobre aquel conjunto de ruinas ocultas bajo un exterior de construcciones más recientes y perfectamente conservadas, pero que en su totalidad ofrecía una vista variada y sobremanera pintoresca.

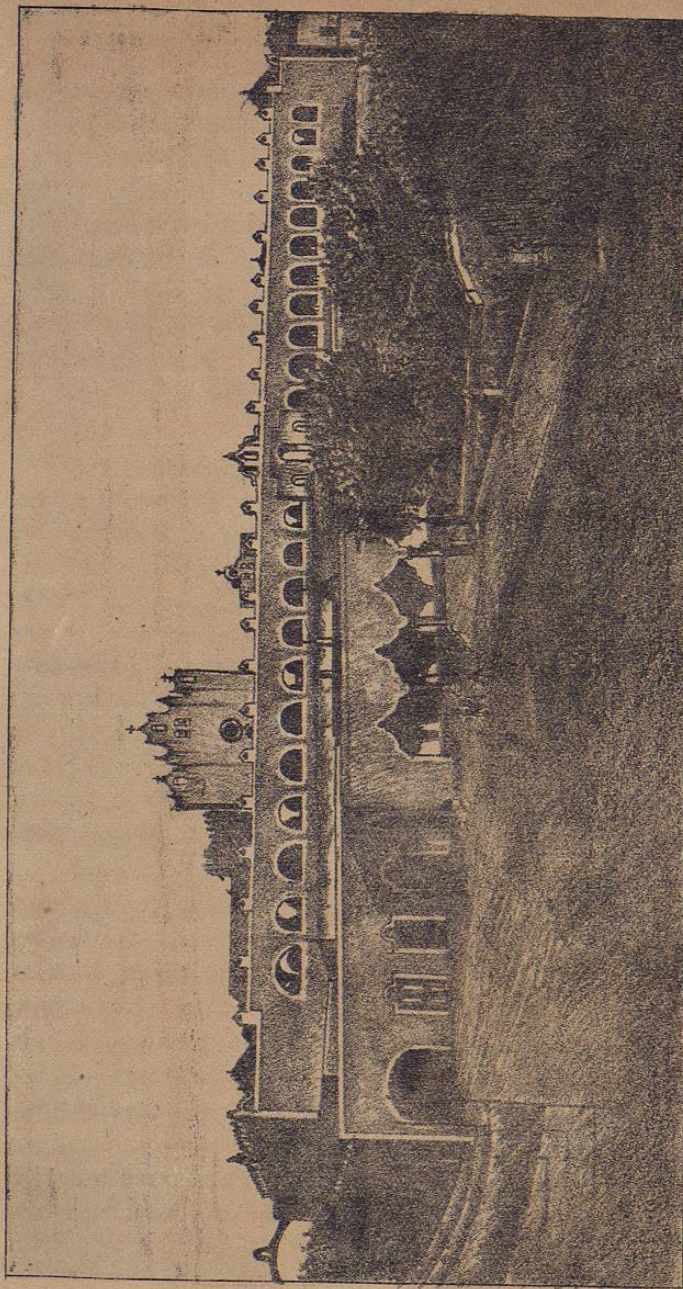
Sobre un fondo de arboleda tropical y bajo un hermoso cielo, destacábase el templo con su empinadísimo campanario, el otro menos grande á su izquierda, la arquería del atrio y el monasterio en ruinas, extendiéndose en contorno el panorama de toda la ciudad por donde quiera que dirijámos los ojos, descubriéndose aquí y allá sembrada de algunos pequeños campanarios de ermitas y capillas, y de las prominencias de los artificiales montículos.

III.

Mas concretémonos ya al solitario y ruinoso monasterio.

Este había sido edificado desde los días de la conquista, pues es bien sabido que el convento de San Antonio de Padua erigido en Izamal, fué uno de los primeros de toda la Península al sembrar en ella la simiente del Evangelio y de la civilización los misioneros de la Orden Franciscana. Era guardianía, y teniendo además doctrina, esto es, cura de almas, era uno de los monasterios más florecientes en la época del gobierno colonial.

Pero coincidió en Yucatán con la época de la Independencia á principios de este siglo, la abolición de la Orden, á la cual, empero, el país todo debía su iniciación en la fe y en la cultura social, y al punto fueron decayen-



MONASTERIO Y PARROQUIA DE SAN ANTONIO.—IZAMAL (YUCATÁN.)

do todos los conventos, esto es, que comenzaron á arruinarse materialmente aquellos edificios por mil títulos venerables, á contar desde el capitular llamado el grande, que encabezaba á la Provincia desde Mérida, que fué además civil y militarmente ocupado, convirtiéndose en castillo ó fortaleza, y destinándose únicamente el de Recoletos de la Mejorada, para dar asilo á aquellos Religiosos que no habiendo querido secularizarse, deseaban guardar su Regla hasta la muerte, pero sin permitirseles recibir á ningún aspirante ó novicio. Hé aquí el origen del abandono y de la ruina de tantos conventos esparcidos en todas las ciudades, villas y lugares de la Península, y hé aquí por lo mismo, el origen del ruinoso monasterio de San Antonio de Izamal, que nos ocupa.

A la fecha á que nos referimos (1844), este monasterio se iba desplomando en toda la galería superior compuesta de estrechos corredores y reducidas celdas, quedando en pié, merced á su macisa construcción y sólida techumbre de bóvedas, la parte inferior, entonces ya destinada á formar la casa cural, habitando allí sacerdotes del clero secular.

¿Dónde estaban los antiguos monjes, dónde el venerable Fray Diego de Landa y sus cohermanos que habían construido aquel monasterio sobre tan pintoresca altura, aquel templo parroquial, el otro templo adjunto, y que desde ahí habían vivificado con la Cruz y el Evangelio por cerca de tres centurias á toda la ciudad que se fué formando en su rededor bajo el tipo de la civilización cristiana? Ay! Todos ellos y sus pobres celdas habían desaparecido! Lo que en pié restaba lleno de vida y de actualidad, hacía un contraste con aquellas ruinas, que aparecían revestidas de misterioso encanto y de melancólica poesía. Eran el espectro de la muerte en medio de la vida, pues descubriase la majestuosa antigüedad reducida á derruidas techumbres, columnas vacilantes, lóbregos sepulcros, percibiendo el oído el susurro del viento que

parecía suspirar y quejarse sobre los entreabiertos muros recordándole la muerte á los vivos....

Todos los cenovitas de aquella mansión habían desaparecido, y por lo mismo, ¡cuál no fué nuestra sorpresa cuando súbito, como si una de las losas sepulcrales se hubiese alzado para dejar salir un muerto que vuelve á la vida, vimos aparecer saliendo del menor de los dos templos, un monje, un venerable franciscano, uno sólo, que á manera de una sombra vagaba en aquel sagrado y misterioso recinto, bajo el cual estaban sepultados innumerables de sus cohermanos que *fueron!*

¡Sombra del monasterio, cuán profunda impresión nos hicisteis!....

Nosotros vimos con emoción indefinible cómo al punto todos cuantos descubrían aquella figura venerable, aquel Religioso imponente y grave, ricos ó pobres, grandes ó pequeños, hombres ó mujeres, altos dignatarios ó labriegos infelices, iban de prisa á venerarle de cerca, volviendo cada uno lleno de satisfacción, porque había tenido la dicha de verle aquel día y de besar su mano. Los mismos sacerdotes seculares se recogían y componían á su presencia y le honraban con evidentes muestras del más profundo respeto, consideración y amoroso cariño; mostrándose él á su vez sumamente atento y respetuoso para con ellos.

Él era alto y majestuoso, de tez blanca como el marfil antiguo de que vemos formadas por diestros artistas algunas imágenes sagradas. Su vestido era el hábito talar franciscano, pobre y tosco, ceñido por la cintura con el cordón respectivo, blanco como la nieve y tejido de hilo áspero y común; cayéndole del cuello á la espalda la capucha característica y llevando patriarcales sandalias en los flacos y desnudos piés. Aunque un poco anciano, era esbelto, y á su espaciosa frente, apenas sombreada de algunos cabellos blancos, apenas también rizaban algunas pequeñas arrugas. Su voz era dulce y grave

á un tiempo, siempre igual y quéda, sin más variación que la de las necesarias inflecciones, pero jamás de alteración alguna descompuesta. Sus ojos, que eran de color garzo, según que podían distinguirse las pocas veces que levantaba la mirada, su nariz aguileña, su rostro enjuto por la vigilia y el ayuuu, y una sonrisa afable que entreabría sus delgados y muy rosados labios, completaban la fisonomía de aquel apostólico varón, cada uno de cuyos rasgos era una trasparente expresión de las virtudes que embellecían su noble alma, que era alma de fuego, y su pecho generoso en que latía un corazón de oro vivo.

¡Sombra del monasterio, en quien aprendimos desde muy temprano á conocer y estimar lo que es un Santo, nosotros te saludamos el día de hoy como en aquel primero de la época de nuestra infancia, en que atraídos de la dulcísima simpatía de tu santidad, corrimos presurosos estimulados por el ejemplo de cuantos tenían la dicha de conocerte más antes, á mezclarnos con todos aquellos que se disputaban ser los primeros en llegar junto á tí para saludarte, para besar tu mano, y para engolfarse en aquella atmósfera de cielo, en aquel perfume de paraíso, y en aquella aureola de gloriosa luz que tus virtudes evangélicas formaban en tu derredor!

IV.

La ciudad entera de Izamal y una parte considerable de las más distinguidas familias de la de Mérida, nos son testigos no sólo de que no exageramos nada, de que no formamos una leyenda, sino de que somos cortos en representar, como lo hacemos, al personaje real y verdadero que nos ocupa, pues ya todos los conocedores del mismo, saben que nos contraemos al venerable apóstol de Izamal, al Muy Reverendo Padre FRAY MANUEL MARTINEZ Y CASTELLANOS, de la Regular Observancia de San Francisco, más que por su nombre de familia, de todos cono-